

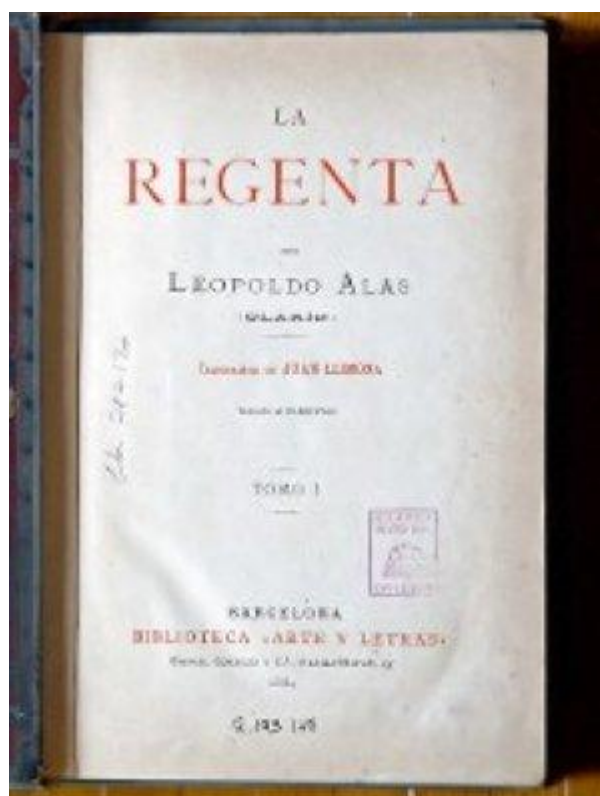
Comentario de un fragmento de la novela La Regenta de Leopoldo Alas «Clarín»

ENCUENTRO DE DON ÁLVAREZ Y LA REGENTA,
¿DECLARACIÓN DE AMOR
O UN ENGAÑO COMPLETO Y COMPLEJO?

Jan Škrdlík

skrdlik@cello.cz, www.cello.cz, República Checa

2012



1. Introducción

La Regenta de Leopoldo Alas «Clarín» pertenece a la Biblioteca Básica de la literatura novelesca del fin del siglo XIX¹. Varios autores le han dedicado sus redacciones y comentarios a esta obra destacando la habilidad en la construcción de oraciones y la riqueza de sus recursos.

Para mi comentario de textos literarios he escogido un fragmento del capítulo 28². El tema es la declaración de amor de don Álvaro a «la Regenta». Se trata de un momento decisivo del relato, cuando la protagonista Ana Ozores «la Regenta» –esposa de don Víctor, el regente retirado– por fin está seducida por don Álvaro Mesía, propietario del casino de Vetusta, el donjuán del lugar, quien ha intentado conquistar a Ana durante tres años. El fragmento comienza con la confesión amorosa de don Álvaro Mesía y termina con el retiro de «la Regenta». A pesar de este retiro ella, en realidad, ya es captada.

2. Unas palabras sobre el contexto argumental

El fragmento representa, por supuesto, un segmento del largo hilo narrativo y como tal es por un lado la consecuencia de lo anterior y por otro lado la causa de lo siguiente. En el principio de la novela el autor quiso expresar una crítica social destacando los problemas que siembra la discordia entre clases sociales. Esto fue también el caso de «la Regenta» que enfrentaba una situación difícil acerca de su integración con la alta sociedad de Vetusta, una determinada alta clase social –arquetípicamente española– que no aceptaba el linaje materno de Ana, «escandalosamente humilde», por su opinión. Luego el autor cambió su enfoque y se centró en lo interpersonal de la relación amorosa y lo psicológico de la vida íntima de «la Regenta». Ana –con su deprivación afectiva– quiere llenar el vacío emocional con un «misticismo cristiano» cayendo bajo el poder nocivo –y lascivo– del vicario general del lugar. Para salvarse de esta influencia devastadora y para intentar rellenar otra vez el vacío intrínseco Ana está dispuesta a liarse con el donjuán del lugar. Esta situación aprovecha don Álvaro y la seduce. La relación entre ambas personas forma uno de los ejes más importantes de la novela y cuando, unos meses después, el adulterio se comete y consuma, la obra pronto llega a su fin.

3. Estructura del fragmento

La estructura del fragmento está formada por tres elementos: 1) descripción de la escena y la introspección psíquica de Ana, 2) el monólogo interior de Ana y 3) enunciación de don Álvaro. Estos elementos se alternan unos con otros empezando y terminando por el primero. Se usa tanto el estilo directo –“«No, no, que no calle, que hable toda la vida», decía el alma entera”– como el indirecto –«Cuando Álvaro, creyendo bastante cargada la mina, suplicó que se le dijera algo...»–.

¹ Alas, Leopoldo (1908). *La Regenta* (Tomo II). Barcelona: Biblioteca «Arte y letras». (Versión original 1885).

² *Ibíd.* pp. 391-393, este fragmento cito después del comentario

4. Recursos formales, enfoque realista y naturalista

La forma del fragmento –como la de toda la novela– oscila entre *realista* y *naturalista* y determina la selección de los recursos formales, por ejemplo, el tipo de la *voz narrativa* –que es el *narrador omnisciente heterodiegético en tercera persona*, el caso más típico para esos tipos de narración– o las *figuras retóricas*. El *enfoque realista* prevalece sobre el *naturalista*: la narración se limita a describir el ambiente y profundizar en las características de los protagonistas usando recursos más o menos objetivos. Hay, sin embargo, momentos, cuando «Clarín» parece intentar influir en el lector a aceptar sus puntos de vista *naturalistas* –como es la mediatización de la condición humana en el entorno social u otros–. Este intento, sin embargo, no hace abiertamente y, quizá, ni conscientemente y para ello usa los recursos como la *ironía* o las *indirectas*, etc., como veremos en continuación.

Se prefieren en general los recursos que ayudan a precisar –de una manera objetiva– la información sobre el tema. Tanto el enfoque *realista* como el *naturalista* excluyen el hálito romántico, hay, sin embargo, excepciones de esta regla³. Los recursos formales sirven, en la mayoría de las veces, para describir el ambiente o para caracterizar los personajes:

4.1 Recursos formales, descripción del ambiente

De acuerdo con el *realismo*, la descripción del ambiente está relacionada con la *observación* y con la *verosimilitud*: «los preparativos de una marcha, una tormenta de verano, gotas de lluvia, truenos, etc.». La intención de describir el ambiente de una manera objetiva y precisa tiene estrecha relación con la omisión de la mayoría de las *figuras retóricas*, sobre todo las que expresan la subjetividad de lo percibido, como por ejemplo, las *hipérboles*, los *eufemismos*, las *atenuaciones*, etc.

Hay figuras como *epíteto*, *metáfora* o *antítesis*, esas sí, que surgen y parecen especificar el ambiente de una manera subjetiva, pero en realidad describen personas. Este proceso voy a aclarar en el siguiente apartado:

4.2 Recursos formales, características de los personajes

En ciertos casos «Clarín» usa los *epítetos*, verbigracia: «la deliciosa frescura». Su uso, sin embargo, es muy especial. Si observamos la frase en su conjunto: «...la Regenta... encontrando deliciosa aquella frescura, oía por la primera vez...»– es evidente que el narrador no nos quiere decir que «la frescura es deliciosa», sino que «la Regenta la considera deliciosa» y por lo tanto este –y otros parecidos– *epítetos* no son vehículos para describir ambiente sino para caracterizar –de una manera indirecta– los personajes.

Hay, también, otra *figura retórica* que ayuda –esta vez de una manera directa– caracterizar a los protagonistas: la *enumeración*, por ejemplo: «...pasiva, no había esfuerzo, no había frialdad, no

³ Véase el apartado 4.2.

había más que placer...», ya que en este –y otros parecidos– casos esta *figura retórica* ayuda a comprender mejor quiénes son, que sienten, en qué estado de ánimo se encuentran, etc.

Del mismo modo como los *epítetos* se usa la *metáfora* –«abismo de flores»– y la *antítesis* –«caer al cielo»– relacionada con la protagonista y no con el entorno: «...se sentía caer en un abismo de flores. Aquello era caer, sí, pero caer al cielo...». Son momentos cuando el fragmento obtiene cierto hálito romántico, pues, en este estado de ánimo romántico se encuentra la persona que se describe.

La *ironía* abunda y se puede considerar un vehículo más bien *naturalista*. Sirve para caracterizar a don Álvaro. «Clarín» la usa sobre todo para hacernos dudar de la sinceridad de este personaje, por ejemplo: «...lloraba, sin llorar por supuesto...».

5. «Declaración de amor» de don Álvaro desde la perspectiva pragmática

Desde el punto de vista gramático, filosófico y moral el *enunciado* de don Álvaro es *falso*, porque éste expresa sentimientos –que en realidad no siente– con el fin de engañar a Ana; no es, sin embargo, la única perspectiva, que se puede considerar. Si decimos «declaración», suponemos al mismo tiempo que esta «declaración» se realiza a través de palabras y nos referimos entonces a una concreta ocurrencia de un *acto de habla* –o, usando los términos de la pragmática, un *enunciado*–. Este enunciado tiene dos niveles: 1) don Álvarez transmite, –«declara»– su enunciado a la protagonista, «la Regenta» y 2) el autor transmite su mensaje al lector mediante el respectivo texto escrito. Cada uno de estos dos niveles tiene sus particularidades:

5.1 Enunciado de don Álvaro y de Ana desde la perspectiva pragmática

Según las reglas de la pragmática don Álvaro –*el emisor*– quiere expresar algo –*acto locutivo*– a través de un cierto enunciado –*acto ilocutivo*– con el fin de producir un cierto efecto sobre Ana –*acto perlocutivo*–. Según este punto de vista este enunciado puede ser no solamente *verdadero/falso*, sino también *adecuado/inadecuado*. Lo decisivo es, si don Álvaro logra o no causar el efecto deseado sobre Ana. Desde este punto de vista su enunciado es *adecuado*, don Álvaro logra engañar a Ana.

Para llevar a efecto este fin don Álvaro muestra una maestría extraordinaria. Entre muchos recursos de su *estrategia conversacional* destaca la *cortesía*. La *cortesía como estrategia* consiste en otorgar al *destinatario* un sentimiento de ser respetado en su posición social y reconocido como un sujeto autónomo. Tanto la posición social como la autonomía de Ana luego se mostrarán ilusorias.

Hay que añadir que también Ana por su parte comunica con don Álvaro. Comunica mediante el silencio. Existen teorías que otorgan al silencio un gran valor enunciativo. En realidad no es posible «no comunicar», porque aun renunciando a comunicar decimos algo importante.

5.1 Enunciado del autor desde la perspectiva pragmática

La comunicación entre el autor y el lector nunca carece de problemas. En la mayoría de las veces se produce solo unidireccionalmente –del autor al lector–, por lo que el autor pocas veces tiene conocimiento de la reacción inmediata del lector. El autor –igual que el protagonista de su obra– quiere producir un cierto efecto sobre sus lectores. El afirmamiento de haberlo logrado o no es un proceso muy complicado y nada evidente. En el caso de *La Regenta* de «Clarín», sin embargo, existió una respuesta amplia ya durante la vida de éste. En este contexto es interesante, también, una respuesta del amigo del autor, escritor Benito Pérez Galdós, quién escribió el prólogo para la edición de *La Regenta* en el año 1908. Conviene leerlo con atención...

6. Conclusión

El autor se enfocó en los problemas que eran –y todavía son– comunes; no solo Ana necesitaba amor, seguridad y el sentimiento de ser considerada mujer, sino que todo esto había necesitado cualquier otra persona de sexo femenino de cualquier sitio y de cualquier siglo. Esa idea general, a pesar de ser cierta, no diferencia la obra de otros relatos de este género. Lo diferente es que en el caso de «la Regenta» esta necesidad insatisfecha la lleva casi al borde de la locura. La frustración hace que «la Regenta» oscila entre un exagerado «religionismo» y un aparente amor que no es otra cosa que una inclinación inmadura hacia el sexo opuesto que a pesar de eso aparenta ser un verdadero amor. Lo trágico es que ni este «religionismo» ni este «amor» tienen una esencia real. Todo es apariencia.

Don Álvaro Mesía desempeña un papel importante del «campeón de apariencia». Su «declaración de amor» no es otra cosa que un engaño completo y complejo con el único fin: el propio provecho personal. De eso viene que para comprender el mensaje de la obra no basta comprender los aspectos puramente «literarios», sino que hay que mencionar los psicológicos y también –ya que se trata de un *acto de habla*– los aspectos comunicativo-pragmáticos.

El fragmento comentado de *La Regenta* (Capítulo 28), el texto adjunto

Y mientras abajo sonaba el ruido confuso y gárrulo de las despedidas y preparativos de marcha, y detrás el estrépito de los que corrían en la galería, y allá en el cielo, de tarde en tarde, el bramido del trueno, la Regenta, sin notar las gotas de agua en el rostro, o encontrando deliciosa aquella frescura, oía por la primera vez de su vida una declaración de amor apasionada pero respetuosa, discreta, toda idealismo, llena de salvedades y eufemismos que las circunstancias y el estado de Ana exigían, con lo cual crecía su encanto, irresistible para aquella mujer que sentía las emociones de los quince años al frisar con los treinta.

No tenía valor, ni aun deseo de mandar a don Álvaro que se callase, que se reportase, que mirase quién era ella. «Bastante lo miraba, bastante se contenía para lo mucho que aseguraba sentir y sentiría de fijo».

«No, no, que no calle, que hable toda la vida», decía el alma entera. Y Ana, encendida la mejilla, cerca de la cual hablaba el presidente del Casino, no pensaba en tal instante ni en que ella era casada, ni en que había sido *mística*, ni siquiera en que había maridos y Magistrales en el mundo. Se sentía caer en un abismo de flores. Aquello era caer, sí, pero *caer al cielo*.

Para lo único que le quedaba un poco de conciencia, fuera de lo presente, era para comparar las delicias que estaba gozando con las que había encontrado en la meditación religiosa. En esta última había un esfuerzo doloroso, una frialdad abstracta, y en rigor algo enfermizo, una exaltación malsana; y en lo que estaba pasando ahora ella era pasiva, no había esfuerzo, no había frialdad, no había más que placer, salud, fuerza, nada de abstracción, nada de tener que figurarse algo ausente, delicia positiva, tangible, inmediata, dicha sin reserva, sin trascender a nada más que a la esperanza de que durase eternamente. «No, por allí no se iba a la locura».

Don Álvaro estaba elocuente; no pedía nada, ni siquiera una respuesta; es más, lloraba, sin llorar por supuesto, «de pura gratitud, sólo porque le oían». «¡Había callado tanto tiempo! ¿Que había mil preocupaciones, millones de obstáculos que se oponían a su felicidad? Ya lo sabía él; pero él no pedía más que lástima, y la dicha de que le dejaran hablar, de hacerse oír y de no ser tenido por un libertino *vulgar*, necio, que era lo que el *vulgo estúpido* había querido hacer de él».

Siempre le había gustado mucho a Ana que llamasen al vulgo *estúpido*; para ella la señal de la *distinción* espiritual estaba en el desprecio del vulgo, de los vetustenses. Tenía la Regenta este defecto, tal vez heredado de su padre: que para distinguirse de la *masa de los creyentes*, necesitaba recurrir a la teoría hoy muy generalizada del *vulgo idiota*, de la *bestialidad humana*, etc., etcétera.

Por fortuna, don Álvaro sabía perfectamente manejar este resorte: era él capaz de despreciar, llegado el caso, al mismo sol del medio día si se oponía a sus pasiones. «Todo era preocupación, pequeñez de ánimo... Pero, ¿tenía él derecho para que Ana siguiera sus ideas y despreciase las maliciosas y groseras aprensiones del vulgo? Oh, no; ya sabía que la *letra* estaba contra él... Al fin, ¿qué era él? Un hombre que hablaba de amor a una señora que era de otro, ante los hombres... Ya lo sabía, sí; no exigía que Ana se hiciese superior a tantas tradiciones, leyes y costumbres, lugares comunes y rutinas como le condenaban; claro que había en el mundo mujeres, virtuosas como la que más, que ya sabían a qué atenerse respecto de la letra de la ley moral que condenaba aquel amor de Mesía; pero ¿podía él pedir a Ana, educada por fanáticos, que había pasado su juventud en un pueblo como Vetusta, podía pedirle que se dignase siquiera alentar su pasión con una esperanza? Oh, no; demasiado sabía que no... bastaba con que le oyera. ¡Cuántos años había estado sin querer oírle! ¡Y lo que él había padecido!... Pero, en fin, de esto ya no había que acordarse. El dolor había sido infinito... infinito... pero todo lo compensaba la felicidad de aquel momento. Callaba Ana, oía... ¿pues qué más dicha podía él ambicionar?...».

A la luz de un relámpago, la Regenta vio los ojos de Álvaro brillantes y envueltos en humedad de lágrimas.

También tenía las mejillas húmedas... Ella no pensó que esto podía ser agua del cielo.

«¡Estaba llorando aquel hombre... el hombre más hermoso que ella había visto, el compañero de sus sueños, el que debió haberlo sido de su vida!...».

«Pero ¿por qué hablaba de agradecimiento? ¿Porque ella no le interrumpía? ¡Si él supiera... si él supiera que no podía ni hablar!...».

Ana sentía un placer *puramente material*, pensaba ella, en aquel sitio de sus entrañas que no era el vientre ni el corazón, sino en el medio. Sí, el placer era *puramente material*, pero su intensidad le hacía grandioso, sublime. «Cuando se gozaba tanto, debía de haber derecho a gozar».

Cuando Álvaro, creyendo bastante cargada la mina, suplicó que se le dijera algo, por ejemplo, si se le perdonaba aquella declaración, si se le quería mal, si se había puesto en ridículo... si se burlaba de él, etc., Ana, separándose del roce de aquel brazo que la abrasaba, con un mohín de niña, pero sin asomo de coquetería, arisca, como un animal débil y montaraz herido, se quejó... se quejó con un sonido gutural, hondo, mimoso, de víctima noble, suave. Fue su quejido como un estertor de la virtud que expiraba en aquel espíritu solitario hasta entonces...

Y se alejó de Álvaro, llamó a Visita...

(Leopoldo Alas «Clarín» La Regenta, Tomo II, pp. 391-393, edición: «Arte y letras» 1908)